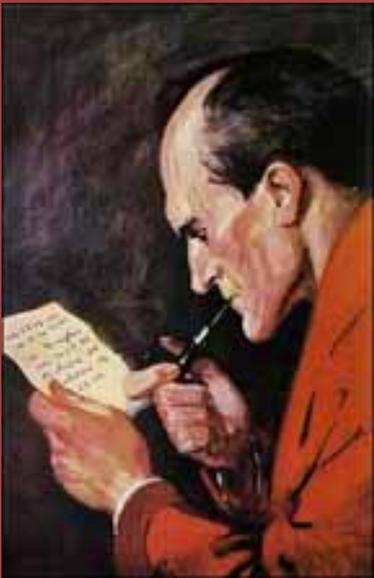




LOS TRES GARRIDES



Sir Arthur Conan Doyle



Los tres Garrideb

Octubre de 1924

Sir Arthur Conan Doyle



Sherlock-Holmes.es

Pudo haber sido una comedia, o puedo haber sido tragedia. Le costó a un hombre su razón, me costó el alquiler de sangre, y le costó a otro hombre las penalidades de la ley. Sin embargo allí había ciertamente un elemento de comedia. Bien, deberán juzgarlo por ustedes mismos.

Recuerdo la fecha muy bien, porque fue en el mismo mes que Holmes rechazó una orden de caballería por los servicios que quizás algún día sean descriptos. Sólo me referiré al asunto en cuestión, porque en mi posición de compañero y confidente estoy obligado a ser particularmente cuidadoso en evitar cualquier indiscreción. Repito, de todas formas, que esto me permite asegurar la fecha, la cual fue a finales de Junio, 1902, poco tiempo después de la conclusión de la guerra en África del Sur. Holmes había pasado varios días en cama, como es su hábito de tiempo en tiempo, pero emergió esa mañana con un largo documento de papel plegado en su mano y un centelleo de diversión en sus austeros ojos grises.

—Hay una *chance* para usted de hacerse con algo de dinero, amigo Watson —dijo—. ¿Ha escuchado alguna vez el nombre de Garrideb?

Admití que no.

—Bien, si puede colocar su mano sobre un Garrideb, hay dinero en él.

—¿Por qué?

—Ah, esa es una larga historia... más bien una caprichosa, también. No creo que en todas nuestras exploraciones de las complejidades humanas nos hayamos en toda la vida encontrado con alguna tan singular. El amigo estará presente para un contra interrogatorio, así que no abriré el asunto hasta que llegue. Pero, mientras tanto, ese es el nombre que queremos.

El directorio telefónico yacía en la mesa al lado mío, y me volteeé sobre las páginas en una bien dicho búsqueda desesperada. Pero para mi asombro ahí estaba este extraño nombre en su debido lugar. Di una exclamación de triunfo.

—¡Aquí está, Holmes! ¡Aquí está!

Holmes tomó el libro de mi mano.

—"Garrideb, N." —leyó— "Little Ryder Street 136, Oeste". Lamento decepcionarlo, mi querido Watson, pero este es el hombre por sí mismo. Esta es la dirección sobre su carta. Queremos algo para emparejarlo.

La Sra. Hudson había entrado con una tarjeta sobre una bandeja. La tomé y la miré.

—¡Por qué, aquí está! —grité con asombro—. Esta es una inicial diferente. John Garrideb, Consejero en Leyes, Moorville, Kansas, Estados Unidos de América.

Holmes sonrió cuando observó la tarjeta.

—Me temo que deberá hacer otro esfuerzo, Watson —dijo—. Este caballero ya está también en la trama, sin embargo ciertamente no lo esperaba ver esta mañana. De cualquier modo, está en posición de contarnos un buen trato del cual quiero conocer.

Un momento después estaba en la habitación. El Sr. John Garrideb, Consejero en Leyes, era un poderoso hombre de baja estatura con la cara redonda y fresca, recién afeitada, característica de tantos hombres americanos de negocios. El efecto general era regordete más bien como un niño, así que uno recibía la impresión de un joven hombre calmo con una amplia sonrisa sobre su cara. Sus ojos, sin embargo, estaban detenidos. Rara vez en cualquier cabeza humana he visto un par los cuales sugieren un mayor intensidad de vida interior, tan brillantes estaban, tan alertas, tan sensibles a todo cambio de pensamiento. Su acento era americano, pero no estaba acompañado por alguna excentricidad en el habla.

—¿Sr. Holmes? —preguntó, mirando de uno al otro— ¡Ah, sí! Sus imágenes no lo favorecen, señor, si puedo decirlo. ¿Creo que tiene una carta de mi homónimo, el Sr. Nathan Garrideb, no es cierto?

—Por favor, siéntese —dijo Sherlock Holmes—. Deberíamos, me imagino, tener un buen trato para discutir —tomó sus hojas de papel plegado—. Usted es, por supuesto, el Sr. John Garrideb mencionado en este documento. ¿Pero seguramente habrá estado en Inglaterra algún tiempo?

—¿Por qué dice eso, Sr. Holmes? —me pareció leer una sospecha repentina en esos expresivos ojos.

—Su completa vestimenta es inglesa.

El Sr. Garrideb forzó una sonrisa.

—He leído sobre sus trucos, Sr. Holmes, pero nunca pensé que sería sujeto de ellos. ¿Dónde lee eso?

—Los hombros cortados de su traje, los dedos del pie de sus botas... ¿Podría alguien dudarlo?

—Bien, bien, no tenía idea de que era tan obvio un británico. Pero los negocios me trajeron aquí hace ya bastante tiempo, y entonces, como usted dice, mi vestimenta es aproximada a la de todo Londres. Sin embargo, me imagino que su tiempo es de valor, y no nos hemos encontrado para hablar acerca del corte de mis calcetines. ¿Qué hay acerca de ese papel que sostiene en su mano?

Holmes tenía de alguna forma irritado a nuestro visitante, quien su regordeta cara había asumido una mucho menor expresión de amabilidad.



—¡Paciencia! ¡Paciencia, Sr. Garrideb! —dijo mi amigo en una apaciguante voz—. El Dr. Watson podría decirle que esas pequeñas digresiones mías algunas veces prueban al final tener algo de relación con el asunto. ¿Pero por qué el Sr. Nathan Garrideb no vino con usted?

—¿Por qué lo arrastró a usted del todo? —preguntó nuestro visitante con una repentina llamarada de furia— ¿Qué rayos tiene que ver con esto? Aquí había un poco de negocio profesional entre dos caballeros, ¡Y uno de ellos necesitaba llamar a un detective! Lo vi esta mañana, y me contó de este engaño que me había jugado, y es por eso que estoy aquí. Pero me siento mal acerca de ello, todos iguales.

—No hubo consideraciones sobre usted, Sr. Garrideb. Era simplemente celo sobre su parte de la ganancia al final... un final que es, como yo lo entiendo, igualmente vital para ambos. Sabía que tenía maneras de obtener información, y, en consecuencia, fue muy natural que debiera usarme.

La irritada cara de nuestro visitante se aclaró gradualmente.

—Bien, eso es diferente —dijo—. Cuando fui a verlo esta mañana y me dijo que había enviado un detective, sencillamente pregunté por su dirección y vine de inmediato. No quiero a la policía entrometida en asuntos privados. Pero si se contenta con ayudarnos a encontrar al hombre, no puede haber daño en ello.

—Bien, así es justo como lo interpreto —dijo Holmes—. Y ahora, señor, puesto que está aquí, hubiese sido mejor si teníamos cuentas claras de nuestros propios labios. Mi amigo aquí no sabe nada de los detalles.

El Sr. Garrideb me examinó con mirada no demasiado amigable.

—¿Necesita saber? —preguntó.

—Usualmente trabajamos juntos.

—Bien, no hay razón entonces para que deba guardar un secreto. Le daré los hechos tan cortos como pueda hacerlos. Si viniera desde Kansas no necesitaría explicarle quien era Alexander Hamilton Garrideb. Hizo su dinero en bienes raíces, y luego en el pozo de maíz en Chicago, pero lo gastó comprando tanta tierra como pudiera hacer en una finca, extendiéndose a lo largo del Río Arkansas, al oeste de Fuerte Dodge. Es una tierra de pastoreo, maderera, cultivable y de minerales, y precisamente toda clase de tierra que brinde dólares al hombre que la posea.

»No tenía conocidos ni parientes... o, si los tenía, nunca había oído de ellos. Pero tomó una especie de orgullo en la rareza de su nombre. Eso fue lo que nos juntó. Yo estaba en la ley en Topeka, y un día tuve una visita del anciano, y estaba muerto de risa de encontrar otro hombre con su propio nombre. Era su novedad favorita, y estaba completamente dispuesto a encontrar si habían más Garridebs en el mundo. "¡Encuéntrame otro!" dijo. Le contesté que era un hombre ocupado y no podía gastar mi vida paseando alrededor del mundo en busca de Garridebs. "Nada menos", dijo él, "eso es justo lo que harás si las cosas salen tan bien como la planeé". Pensé que estaba bromeando,

pero había un poderoso montón de significado en las palabras, como estaba pronto a descubrir.

»Porque murió un año después de decir esto, y dejó un testamento tras de él. Era el extraño testamento que había sido archivado en el Estado de Kansas. Sus propiedades fueron divididas en tres partes y tuve que tener la condición de encontrar dos Garridebs quienes deberían compartir el restante. Eran cinco millones de dólares para cada uno, pero no podíamos poner un dedo en él hasta que estuviéramos los tres.

—Era una gran *chance* que deslizara mi práctica legal y me pusiera en camino de buscar por los Garridebs. No hay ninguno en los Estados Unidos. Fui tras él, señor, con un peine fino pero nunca pude atrapar un Garrideb. Entonces probé en el viejo país. Indudablemente debían haber suficientes nombres en el directorio telefónico de Londres. Fui tras él hace dos días y le expliqué todo el asunto. Pero era un hombre solitario, como yo, con algunas relaciones con mujeres, pero no hombres. Dijo tres hombres adultos en el testamento. Así que verá que hay una vacante, y si pudiera ayudarnos a llenarlo estaríamos listos para pagarle por sus costos.

—Bien, Watson —dijo Holmes con una sonrisa— ¿Dije que era algo caprichoso, no es cierto? Debería pensar, señor, que sus obvias maneras fueron advertir en las columnas de los diarios.

—Lo he hecho, Sr. Holmes. Ninguna respuesta.

—¡Mi estimado! Bien, es ciertamente un pequeño y curioso problema. Deberé tomar una mirada en mi tiempo libre. Por cierto, es curioso que haya venido de Topeka. Yo solía tener un corresponsal... ahora está muerto... el viejo Dr. Lysander Starr, quien fue Mayor en 1890.

—¡El buen Dr. Starr! —dijo nuestro visitante—. Su nombre aún es honorable. Bien, Sr. Holmes, debo suponer que todo lo que podemos hacer es reportarnos y permitirnos saber como progresamos. Cuento con usted para oír novedades en un día o dos —con esta seguridad nuestro americano se inclinó de modo respetuoso y se marchó.

Holmes tenía encendida su pipa, y se sentó por algún tiempo con una sonrisa curiosa sobre su cara.

—¿Bien? —pregunté al fin.

—Me estoy preguntando, Watson... ¡Sólo preguntando!

—¿Lo qué?

Holmes tomó la pipa de sus labios.

—Me estaba preguntando, Watson, qué cosa sobre la tierra puede ser el objeto de este hombre para decirnos tal maraña de mentiras. Estuve cerca de preguntarle... porque hubo varias veces cuando un bruto ataque frontal es la mejor acción... pero juzgué que sería mejor dejarle pensar que nos ha engañado. Aquí hay un hombre con un traje inglés raído en los codos y pantalones abultados en la rodilla con una vestimenta añeja, y aún por este documento y por su propia cuenta él es un americano provinciano que posteriormente desembarcó en Londres. No hubo ningún aviso en las columnas del diario. Usted sabe que no me pierdo nada en esa sección. Son mi abrigo favorito para



ofrecer un ave, y nunca he pasado por alto un faisán como ese. Nunca conocí un Dr. Lysander Starr, de Topeka. Lo toqué donde sabía que era falso. Creo que este compañero es realmente un americano, pero ha consumido su refinado acento con años en Londres. ¿Cuál es su juego, entonces, y que motivo yace detrás de esta absurda búsqueda por Garridebs? Vale la pena nuestra atención, porque, exceptuando que el hombre es un bribón, es también ciertamente uno complejo e ingenioso. Debemos encontrar si nuestro otro corresponsal también es un fraude. Sólo llámelo, Watson.

Así lo hice, y oí una delgada y temblante voz en el otro lado de la línea.

—Sí, sí, yo soy el Sr. Nathan Garrideb. ¿Está el Sr. Holmes ahí? Desearía mucho tener unas palabras con el Sr. Holmes.

Mi amigo tomó el instrumento y oí el usual y sincopado

dialogo.

—Sí, ha estado aquí. Entiendo que no lo conoce... ¿Hace cuanto?... ¡Solamente dos días! ¿Supongo que su homónimo no estará ahí?... Muy bien, iremos entonces, porque más bien quisiera tener una conversación sin él... El Dr. Watson irá conmigo... Entiendo por su nota que no suele salir muy seguido... Bien, estaremos alrededor de las seis. No necesita mencionarlo al abogado americano... Muy bien. ¡Hasta luego!

Era el crepúsculo de una adorable tarde de verano, e incluso Little Ryder Street, uno de los más pequeños apéndices de Edgware Road, dentro de un molde de piedra del viejo árbol de Tyburn de malvada memoria, se observaba dorada y maravillosa por los inclinados rayos del poniente sol. Esta casa en particular a la cual nos habíamos dirigido era un edificio grande, anticuado y georgiano de los primeros tiempos, con una cara de ladrillos planos rota solamente por dos profundos miradores en la planta baja. Era en esta planta baja que nuestro cliente vivía, y, por cierto, la ventana baja confirmaba ser el frente de la gigante habitación en la cual pasamos sus horas de vigilia. Holmes apuntaba cuando pasábamos las pequeñas placas de bronce las cuales llevaban los curiosos nombres.

—Desaparecieron hace algunos años, Watson —remarcó, indicando su descolorida superficie—. Este es su nombre real, de todos modos, y eso es algo para notar.

La casa tenía una escalera común, y allí habían numerosos nombres pintados en la sala, algunos indicando despachos y algunas cámaras privadas. No era una colección de aposentos residenciales, pero más bien la morada de un soltero bohemio. Nuestro cliente nos abrió la puerta por sí mismo y se disculpó diciendo que la encargada se fue a las cuatro en punto. El Sr. Nathan Garrideb probó ser una persona muy alta, inarticulada y de espalda redonda, delgada y calva, de algunos sesenta y pico de edad. Tenía una cadavérica cara, con una deslucida piel muerta de un hombre a quien el ejercicio le era desconocido. Grandes y redondeados anteojos y una pequeña barba proyectante combinada con su encorvada actitud daban una expresión de miope curiosidad. El efecto general, sin embargo, era amigable, aunque excéntrico.

La sala era tan curiosa como su ocupante. Parecía del estilo de un pequeño museo. Tanto como ancho y profundo, con armarios y gabinetes todo alrededor, atestados con especímenes, geológicos y anatómicos. Estuches de mariposas y polillas flanqueaban cada lado de la entrada. Una gran mesa en el centro estaba ensuciada con toda clase de desechos, mientras que el alto tubo de metal de un poderoso microscopio se erizaba entre ellos. Mientras ojeaba alrededor me sorprendí en la universalidad de los intereses del hombre. Aquí había un estuche de monedas antiguas. Allí, un gabinete de instrumentos de la edad de piedra. Detrás de la mesa central, un gran armario de huesos fósiles. Por encima, una línea de cráneos de yeso con nombres tales como "Neardenthal", "Heidelberg", "Cromagnon" impresos bajo ellos. Era claro que era un estudiante de variadas materias. Mientras permanecía en frente de nosotros, sostuvo una pieza de cuero de gamuza en su mano derecha con la cual estaba puliendo una moneda.

—Siracusana... del mejor período —explicó, sosteniéndola—. Se depreciaron enormemente hacia el final. A lo sumo la sostengo soberanamente, aunque algunos prefieran la escuela alejandrina. Encontrará una silla aquí, Sr. Holmes. Por favor permítame limpiar esos huesos. Y usted, señor... ah, sí, Dr. Watson... si tuviera la bondad de poner esa vasija japonesa hacia un lado. Usted ve alrededor mis pequeños intereses en la vida. Mi doctor me sermonea acerca de no salir nunca, ¿pero por qué debo salir cuando tengo tanto para sostenerme aquí? Puedo asegurarle que el adecuado catálogo de uno de esos gabinetes me tardaría unos buenos tres meses.

Holmes observó a su alrededor con curiosidad.

—¿Pero me dirá que nunca sale? —dijo.

—De vez en cuando conduzco a Sotheby's o Christie's. Por lo contrario ocasionalmente dejo mi habitación. No soy muy fuerte, y mis investigaciones son muy absorbentes. Pero puede imaginar, Sr. Holmes, que increíble choque... placentero pero increíble... fue para mí cuando oí de esta incomparable buena fortuna. Sólo necesita un Garrideb más para completar el asunto, y seguramente podemos encontrar uno. Tenía un hermano, pero está muerto, y familiares femeninas son descalificadas. Pero debe haber seguramente otros en el mundo. He oído que maneja extraños casos, y fue por eso que envié por usted. Por supuesto, este caballero americano es realmente directo, y debería haber tomado su consejo primero, pero actué por lo mejor.

—Creo que actuó muy inteligentemente sin embargo —dijo Holmes—. ¿Pero está realmente ansioso de adquirir una finca en América?

—Ciertamente no, señor. Nada podría inducirme a dejar mi colección. Pero este caballero me aseguró que me la compraría tan pronto como tengamos establecida nuestra demanda. Cinco millones de dólares fue la suma mencionada. Hay docenas de especímenes en el mercado en el presente que llenarían las grietas en mi colección, y los cuales no puedo adquirir aunque quisiera por unos pocos cientos de libras. Sólo piense lo que podría hacer con cinco millones de dólares. Porque, tengo el núcleo de una colección nacional. Sería el Hans Sloane ¹ de mi época.

Sus ojos brillaron tras sus grandes anteojos. Era muy claro que ningún esfuerzo sería economizado por el Sr. Nathan Garrideb en encontrar un homónimo.

—Meramente llamé para hacerme de su conocimiento, y no hay razón por la cual deba interrumpir sus estudios —dijo Holmes—. Prefiero establecer un toque personal con aquellos con quien hago negocios. Hay algunas cuestiones que necesito preguntar, porque tengo una muy clara narrativa en mi bolsillo, y llené los espacios en blanco cuando este caballero americano llamó. Entiendo que hasta esta semana estaba ignorante de su existencia.

—Así es. Llamó el pasado Martes.

—¿Le contó de nuestra entrevista de esta mañana?

—Sí, vino directamente hacia mí. Había estado muy enojado.

—¿Por qué debería estar enojado?

—Parecía pensar que había alguna consideración en su honor. Pero estaba alegre de nuevo cuando regresó.

—¿Sugirió algún curso de acción?

—No, señor, no lo hizo.

—¿Tenía, o preguntó por, cualquier dinero suyo?

—¡No, señor, nunca!

—¿Vio algún posible objetivo que tenga en vista?

—Ninguno, excepto lo que manifiesta.

—¿Le contó de nuestra cita telefónica?

—Sí, señor, lo hice.

Holmes estaba perdido en sus pensamientos. Pude ver que estaba desconcertado.

—¿Tiene algún artículo de gran valor en su colección?

—No, señor. No soy un hombre rico. Es una buena colección, pero no una muy valuada.

—¿No tiene temor a los ladrones?

—Ni menos.

—¿Hace cuanto que ha estado en estas habitaciones?

—Aproximadamente cinco años.

El contra interrogatorio de Holmes fue interrumpido por un imperativo golpeteo en la puerta. Tan pronto como descorrió el cerrojo nuestro cliente el abogado americano estalló excitadamente dentro de la habitación.

—¡Aquí está! —gritó, agitando un papel sobre su cabeza— Pensé que debía estar a tiempo de alcanzarlo. ¡Sr. Nathan Garrideb, mis felicitaciones! Es usted un hombre rico, señor. Nuestro negocio esta felizmente finalizado y todo está perfecto. Respecto a usted, Sr. Holmes, solamente podemos decir que sentimos si le hemos dado algún problema.

Extendió con la mano el papel a nuestro cliente, quien permaneció parado en una señal de aviso. Holmes y yo nos inclinamos hacia adelante y leímos sobre su hombro. Esto es lo que decía:

¹ Sir Hans Sloane (1660-1753). Físico y científico. Miembro fundador del Museo Británico y el Museo de Historia Natural. Presidente de la Real Sociedad de 1727 a 1741. En un viaje a Jamaica realizó varias anotaciones sobre la flora y fauna del lugar, vestimenta y fenómenos naturales tales como terremotos. Coleccionó moluscos, insectos, plantas y otros especímenes.

HOWARD GARRIDEB
CONSTRUCTOR DE MAQUINARIA AGRICULTURAL
Agavilladoras, cosechadoras, arado a vapor y manual, taladros, gradas,
carreta de campesinos, carruajes de cuatro puertas, y todos los demás accesorios.
Cotizaciones de pozos artesianos.
Empleado de Grosvenor Buildings, Aston.

—¡Glorioso! —exclamó sin aliento nuestro anfitrión—. Eso hace a nuestro tercer hombre.

—He abierto una investigación en Birmingham —dijo el americano—, y mi agente me ha enviado este aviso de un periódico local. Debemos darnos prisa y poner las cosas. Le he escrito a este hombre y le conté que lo verá en su oficina mañana a la tarde, a las cuatro en punto.

—¿Quiere que lo vea?

—¿Qué dice usted, Sr. Holmes? ¿No piensa que debería ser más sabio? Aquí estoy, un ambulante americano con una historia maravilloso. ¿Por qué debería creer lo que le conté? Pero usted es un británico con sólidas referencias, y está claro que él tomará nota de lo que diga.

Podría ir con usted si lo desea, pero tengo un día muy ocupado mañana, y podría seguirlo siempre si está en cualquier problema.

—Bien, no he hecho un viaje tal por años.

—No es nada, Sr. Garrideb. Ya he resuelto nuestras conexiones. Se irá a las doce y debería estar allí momentos después de las dos. Entonces regresará la misma noche. Lo único que tiene que hacer es ver a este hombre, explicarle el asunto, y obtener una declaración de su existencia. ¡Por Dios! —agregó apasionadamente—. Considerando que vengo todo el camino desde el centro de América, es seguramente un pequeño esfuerzo si va unos cientos de millas a fin de poner este asunto al completo.

—Exactamente —dijo Holmes—. Creo que lo que este caballero dice es muy cierto.

El Sr. Nathan Garrideb frunció sus hombros con un aire desconsolado

—Bien, si insiste deberé ir —dijo—. Es ciertamente duro para mí rehusar algo así, considerando la gloria de esperanza que trajo a mi vida.

—Entonces eso está acordado —dijo Holmes—, y no hay duda que me dará un reporte tan pronto como pueda.

—Yo me encargaré de eso —dijo el americano—. Bien —agregó mirando a su reloj—, debo irme. Llamaré mañana, Sr. Nathan, y lo verá salir a Birmingham. ¿Me acompaña, Sr. Holmes? Bien, entonces, adiós, y tendremos buenas noticias para usted mañana en la noche.

Noté que la cara de mi amigo se aclaró cuando el americano dejó la habitación, y la mirada de pensamientos confusos habían desaparecido.

—Desearía si pudiera observar su colección, Sr. Garrideb —dijo—. En mi profesión todos los elementos de curiosos conocimientos son útiles, y esta habitación suya es un almacén de ellos.

Nuestro cliente centelleó con placer y sus ojos brillaron desde detrás de sus grandes anteojos.

—Siempre he oído, señor, que usted es un hombre muy inteligente —dijo—. Le daría una visita ahora mismo si tuviera el tiempo.

—Desafortunadamente, yo no lo tengo. Pero estos especímenes están tan bien etiquetados y clasificados que duramente necesitaría su explicación personal. ¿Si fuera capaz de observarlo mañana, presumo que no habría objeción en que les echara una ojeada sobre ellos?

—No, para nada. Es realmente bienvenido. Este lugar estará, por supuesto, cerrado, pero la Sra. Saunders estará en el sótano hasta las cuatro en punto y le dejará aquí con su llave.

—Bien, espero estar libre mañana en la tarde. Si le pudiera decir una palabra a la Sra. Saunders estaría todo en orden. ¿Por cierto, quién es su agente inmobiliario?

Nuestro cliente estaba asombrado por esta repentina pregunta.

—Holloway y Steele, en Edgware Road. ¿Pero por qué?

—Tengo un poco de arqueólogo cuando voy a las casas —dijo Holmes, riendo—. Me estaba

preguntando si esta era de la Reina Anna o georgiana.

—Georgiana, sin ninguna duda.

—Realmente. Había debido pensar que era anterior. De cualquier modo, es fácilmente verificable. Bien, adiós, Sr. Garrideb, y que tenga todos los éxitos en su viaje a Birmingham.

El agente inmobiliario estaba cerrado, pero encontramos que estuvo cerrado todo el día, así que regresamos a Baker Street. No fue hasta después de la cena que Holmes volvió al asunto.

—Nuestro pequeño problema se acerca al final —dijo—. No hay duda de que ha delineado la solución en su propia mente.

—No comprendo ni una palabra de ello.

—La cabeza está seguro suficientemente despejada y la cola la veremos mañana.² ¿No ha notado nada curioso acerca del aviso?

—Vi que la palabra "arado" estaba mal escrita.

—¿Oh, ha notado eso, no es cierto? Venga, Watson, mejora todo el tiempo. Sí, era un mal inglés pero un buen americano. El impresor lo ha puesto como lo recibió. Entonces el carruaje. Eso también es americano. Y los pozos artesianos son comunes con ellos más que con nosotros. Era un típico aviso americano, pero pretendiendo ser de una firma inglesa. ¿Qué piensa de ello?

—Sólo puedo suponer que este abogado americano lo puso por sí mismo. Cuál fue su objetivo no lo puedo entender.

—Bien, hay dos explicaciones alternativas. De todos modos, quería enviar a este viejo fósil a Birmingham. Eso está muy claro. Le debí haber dicho que estaba claramente yendo a una búsqueda sin sentido, pero, en segundo lugar, parecía mejor despejar la escena dejándolo ir. Mañana, Watson... bien, el mañana hablará por sí mismo.

Holmes se levantó y se retiró muy temprano. Cuando regresó a la hora del desayuno noté que su cara estaba muy seria.

—Este es un asunto más grave de lo que esperaba, Watson —dijo—. Es justo que le cuente, aunque sé que será solamente una razón adicional para que corra por su cabeza dentro del peligro. Es lo que debería saber Watson por ahora. Pero hay peligro, y debería saberlo.

—Bien, no es el primero que compartimos, Holmes. Espero que no sea el último. ¿Cuál es el peligro particular esta vez?

—Estamos contra un caso muy difícil. He identificado al Sr. John Garrideb, Consejero en Leyes. No es otro que 'Killer' Evans, de siniestra y homicida reputación.

—Me temo que no soy el sabio.

—Ah, no es parte de su profesión cargar con un calendario portátil Newgate en su memoria. He ido a ver a mi amigo Lestrade en Yard. Pueden tener un faltante de intuición imaginativa en ocasiones, pero lideran el mundo con esmero y técnica. Tenía la idea de que nos íbamos a poner en el camino de nuestro amigo americano en sus registros. Seguramente suficiente, encontré su regordeta cara sonriéndome desde la galería de retratos de truhanes. "James Winter, alias Morecroft, alias Killer Evans" decía la inscripción —Holmes sacó un envoltorio de su bolsillo— Garabateé algunos puntos de su expediente: cuarenta y cuatro años. Nativo de Chicago. Se conoció que había disparado a tres hombres en los Estados Unidos. Escapó de la penitenciaría a través de la influencia policial. Vino a Londres en 1893. Le disparo a un hombre por encima de las cartas en un club nocturno en Waterloo Road en Enero de 1895. El hombre murió, pero fue enseñado como el agresor. El fallecido fue identificado como Rodger Prescott, un famoso como falsificador y acuñador en Chicago. Killer Evans fue liberado en 1901. Ha estado bajo la supervisión policial desde entonces, pero lo máximo que se sabe es que lleva una vida honesta. Un hombre muy peligroso, usualmente lleva armas y está preparado para usarlas. Esa es nuestra ave, Watson... una ave deportiva, debe admitir.

—¿Pero cuál es su juego?

—Bien, comienza a definirse. He estado en la inmobiliaria. Nuestro cliente, como nos contó, ha estado allí cinco años. Estuvo deshabitado durante un año antes de eso. El anterior inquilino era un

² "I can make neither head nor tail of it" en el original, literalmente "no puedo hacer ni cabeza ni cola de ello".

caballero de nombre Waldron. La aparición de Waldron era muy recordada en la oficina. Repentinamente desapareció y nada más se oyó de él. Era un hombre alto y barbudo con todos los detalles oscuros. Ahora, Prescott, el hombre a quien Killer Evans disparó, era, de acuerdo a Scotland Yard, un alto y oscuro hombre con una barba. Como una hipótesis de trabajo, creo que tenemos que tomar que Prescott, el criminal americano, solía vivir en la misma habitación en la que nuestro inocente amigo ahora dedica a su museo. Así que al fin conseguimos un eslabón, como ve.

—¿Y el siguiente eslabón?

—Bien, debemos salir y buscarlo.

Tomó un revolver de su escritorio y me lo entregó en mano.

—Tengo mi preferida conmigo. Si nuestro amigo del Lejano Oeste trata de vivir con su sobrenombre, nosotros estaremos listos. Le daré una hora para una siesta, Watson, y entonces pienso que será tiempo para nuestra aventura en Ryder Street.

Eran las cuatro en punto cuando alcanzamos el curioso apartamento de Nathan Garrideb. La Sra. Saunders, la portera, estaba a punto de irse, pero no tuvo ninguna duda en admitirnos, por lo que la puerta se cerró con una cerradura de resortes, y Holmes prometió ver que todo estuviera seguro antes de irnos. Poco tiempo después de que la puerta exterior se cerrara, la gorra de la Sra. Saunders pasó por el mirador, y sabíamos que estábamos solos en el piso inferior de la casa. Holmes realizó un rápido examen de la instalación. Había un armario en el rincón oscuro el cual sobresalía de la pared. Fue detrás de este donde eventualmente nos agazapábamos mientras Holmes en un susurro delineaba sus intenciones.

Quería que nuestro estimable amigo saliera de su habitación... eso está muy claro, y, como el coleccionista nunca salía, tomó algún plan para hacerlo. Todo lo de esta invención de los Garridebs no tiene aparentemente ningún otro fin. Debo decir, Watson, que hay cierta ingenuidad demoníaca sobre ello, incluso si el extraño nombre del arrendatario le diera una apertura que duramente podría haber esperado. Tramó su estrategia con remarcada astucia.

—¿Pero qué es lo que quería?

—Bien, por eso estamos aquí para encontrarlo. No tiene nada que ver con nuestro cliente, tanto como puedo leer la situación. Es algo conectado con el hombre al que asesinó... el hombre quien pudo haber sido su cómplice en los crímenes. Hay algún secreto de culpabilidad en la habitación. Eso es lo que leo. Primero pensé que nuestro amigo podía tener algo más valioso en su colección de lo que suponía... algo que valía la atención de un gran criminal. Pero el hecho de que Rodger Prescott de malvada memoria habitara estas habitaciones apunta hacia una razón aún más profunda. Bien, Watson, debemos mantener la paciencia en nuestras almas y ver lo que la hora nos brinde.

Esa hora no fue extensa en dramatismo. Nos agazapamos cercanamente en las sombras cuando escuchamos abrirse y cerrarse con fuerza la puerta exterior. Entonces vino el chasquido metálico y afilado de una llave, y el americano estaba en la habitación. Cerró la puerta suavemente



tras de él, echó un mirada filosa a su alrededor para ver que todo estuviera seguro, tiró su sobretodo, y caminó hacia la mesa central con las enérgicas maneras de alguien que sabe exactamente lo que tiene que hacer y como lo tiene que hacer. Empujó la mesa hacia un lado, desgarró en ángulo la alfombra sobre la cual descansaba, la enrolló completamente hacia atrás, y entonces, sacando una palanqueta de su bolsillo, se arrodilló y trabajó vigorosamente sobre el piso. En poco tiempo oímos el sonido de tablas deslizándose, y un instante después un hueco se abrió en los tablones. Killer Evans encendió una cerilla, alumbró una sección de vela, y desapareció de nuestra vista.

Claramente nuestro momento había llegado. Holmes tocó mi muñeca como una señal, y juntos atravesamos la habitación hacia la puerta-trampa abierta. Gentilmente cuando nos movíamos, sin embargo, el viejo piso pudo haber rechinado bajo nuestros pies, porque la cabeza de nuestro americano, revisando ansiosamente a su alrededor, emergió repentinamente desde el espacio abierto. Su cara se volvió hacia nosotros con un resplandor de furia desconcertada, la cual gradualmente se

suavizó en una vergonzosa sonrisa cuando se dio cuenta de que dos pistolas estaban apuntadas hacia su cabeza.

—¡Bien, bien! —dijo fríamente cuando trepó a la superficie—. Imagino que ha sido demasiado para mí, Sr. Holmes. Vio a través de mi juego, supongo, y jugó conmigo como un tonto desde el comienzo. Bien, señor, es todo suyo, me ha derrotado y...

En un instante había sacado un revolver de su pecho y disparado dos tiros. Sentí una quemadura repentina como si un hierro al rojo vivo hubiera sido presionado contra mi muslo. Hubo una colisión cuando la pistola de Holmes cayó en la cabeza del hombre. Tuve una visión de él revolcándose sobre el piso con sangre corriendo de su cara mientras Holmes lo hurgaba en busca de armas. Entonces los delgados brazos de mi amigo me rodearon, y me condujo hacia una silla.



—¿Está herido, Watson? ¡Por amor de Dios, dígame que no está herido!

Era peor la herida... eran peor muchas heridas... que saber la profundidad de lealtad y amor que yacía detrás de esa fría máscara. Los ojos severos y claros se apagaron por un momento, y los firmes labios se agitaron. Por única vez alcancé a ver un gran corazón tan bien como un gran cerebro. Todos mis años de humildad pero de servicio inmediato culminó en ese momento de revelación.

—No es nada, Holmes. Es un mero rasguño.

Rasgó mis pantalones con su navaja.

—Estás bien —gritó con un inmenso suspiro—. Es absolutamente superficial —su cara se puso como hilachas cuando observó a nuestro prisionero, quien estaba levantándose con una aturdida cara—. Por Dios, esto está bastante bien para usted. Si hubiera asesinado a Watson, no se iría de esta habitación con vida. Ahora, señor, ¿Qué es lo que tiene para decirme?

No tenía nada para decir. Solamente se sentó y frunció la cara. Me apoyé en el brazo de Holmes, y juntos miramos hacia abajo dentro del pequeño sótano que había sido descubierto bajo la mesa. Aún estaba iluminado por la vela con la cual Evans había descendido. Nuestros ojos cayeron sobre una masa de maquinaria oxidada, grandes rollos de papel, un desorden de frascos, y, ordenados sobre una pequeña mesa, un número de pequeños y limpios manojos.

—Una maquina impresora... un equipo de falsificación —dijo Holmes.

—Sí, señor —dijo nuestro prisionero, tambaleándose lentamente con sus pies y entonces se hundió sobre la silla—. La más grande falsificadora que Londres nunca vio. Esa es la maquina de Prescott, y esos manojos en la mesa son dos mil billetes de Prescott que valen cien cada uno y son adecuados para pasar por todos lados. Ayúdense a si mismos, caballeros. Llámenlo un trato y déjenme largarme.

Holmes rió.

—Nosotros no hacemos así las cosas, Sr. Evans. No hay ningún refugio para usted en este país. ¿Usted le disparo a este hombre Prescott, no es cierto?

—Sí, señor, y tuve cinco años por ello, aunque fue él que me forzó a ello. Cinco años... cuando debería tener una medalla del tamaño de un plato de sopa. Ningún hombre vivo puede distinguir un Prescott de un Banco de Inglaterra, y si no lo hubiera sacado hubiera inundado a Londres con ellos. Era el único en el mundo que sabía donde los había hecho. ¿Puede imaginar que quería llegar al lugar? ¿Y puede usted imaginar que cuando encontré a este loco y tonto cazador de bichos con un extraño nombre usurpando encima, y nunca alejándose de su habitación, he tenido que hacer lo mejor que podía para desplazarlo? Quizás hubiera sido más astuto si lo guardaba. Hubiera sido suficientemente fácil, pero soy un hombre blando de corazón que no puedo empezar a disparar a menos que otro hombre tenga un arma también. ¿Pero dígame, Sr. Holmes, qué es lo que hice mal, de todos modos? No he usado esta instalación. No he herido a este viejo cadáver. ¿En qué me ha atrapado?

—Sólo intento de homicidio, por lo que puedo ver —dijo Holmes—. Pero ese no es nuestro trabajo. Ellos tomarán eso en la siguiente etapa. Lo que queríamos en este momento era solamente su atractiva personalidad. Por favor llame a Yard, Watson. No les será enteramente inesperado.

Así que esos fueron los hechos acerca de Killer Evans y su memorable invención de los tres Garridebs. Oímos posteriormente que nuestro pobre y viejo amigo nunca superó el trauma de sus sueños desaparecidos. Cuando su castillo en el aire cayó, se enterró bajo las ruinas. Lo último que oímos fue de un sanatorio en Brixton. Era un día alegre en Yard cuando el equipo de Prescott fue descubierto, porque, aunque sabían que existía, nunca habían estado dispuestos, luego de la muerte del hombre, a encontrar donde estaba. Evans ciertamente hizo un gran servicio y causó muchas preocupaciones a los hombres de la División de Investigaciones Criminales para dormir, porque el falsificador permanece por sí mismo encasillado como un peligro público. Voluntariamente se había suscripto a esa medalla del tamaño de un plato de sopa de la cual el criminal había hablado, pero un desagradecido banco tenía una visión menos favorable, y el Killer regresó a las sombras de la cuales había emergido.